**OPINIONES SOBRE LOS PERSONAJES**

* ¿Sobre qué opinamos de los personajes de una narración literaria?

sobre sus acciones, reacciones y actitudes.

¿Qué es una opinión?

* Una opinión es un pensamiento sobre algo, bien sea sobre un hecho o sobre una persona, cosa o lugar. Ese pensamiento o idea está sustentado en los argumentos que utiliza quien lo emite.

**LECTURA EN VOZ ALTA**

Lectura fluida:

* Pronunciando las palabras con precisión.
* Respetando la coma, el punto y los signos de exclamación e interrogación.
* Usando una entonación adecuado al texto.
* Leyendo con velocidad adecuada.

**CONSECUENCIAS DE HECHOS Y ACCIONES DE LOS PERSONAJES**

Consecuencias = resultados

**AMBIENTE NARRATIVO**

Es el escenario o espacio en el que se mueven los personajes y ocurren los sucesos y acciones del relato. Puede estar inspirado en un lugar real o imaginario. Los ambientes presentes en una narración son físico, psicológico y sociocultural.

* AMBIENTE O ESPACIO FÍSICO

Se refiere al lugar concreto, geográfico, donde ocurre la historia. Puede ser real o imaginario.

Ejemplos:

Perico y el viajero: la calle de una ciudad, parada de buses.

La gallina de los huevos de oro: una aldea.

Androcles y el león: bosque, cueva, Roma.

* AMBIENTE PSICÓLOGICO

Es el ambiente, la “atmosfera” que resulta de las emociones que viven los personajes a partir de los acontecimientos que enfrentan; ya sean favorables o desfavorables. El ambiente psicológico va cambiando con los acontecimientos y acciones de los personajes.

Ej. El león y la cabra: desconfianza, engaño.

Los personajes actúan según sus:

* Intereses o motivaciones.
* Objetivos
* Características psicológicas.
* Relaciones con otros personajes.
* Situaciones vividas.

**ENDROCLES Y EL LEÓN**

Secuencia de hechos y acciones principales

|  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- |
|  |  |  |  |  |  |
| Androcles escapa al bosque. | Se encuentra con un león herido. | Androcles le extrae la espina de su pata al león y lo cura. | El león lo invitó a su cueva donde compartió con él alimentos. | Androcles y el león son atrapados. | Androcles fue llevado a luchar contra los leones. |

|  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- |
|  |  |  |  |  |
| Androcles se enfrenta en la arena con un león. | El león no ataca a Androcles. | Era el león del bosque y reconoce a Androcles. | El Emperador se entera de la historia entre Androcles y el León.  | Androcles y el león son liberados por el Emperador.  |

**EL REY MIDAS**

Secuencia de hechos y acciones principales

|  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- |
|  |  |  |  |  |  |
| Baco concedió al rey Midas la facultad de escoger un don. | Midas escogió el don que quería: “Haz que todo lo que yo toque con mi cuerpo se convierta en dorado oro”. | Baco le concedió el don. | Midas se puso feliz y pudo comprobar el don concedido por Baco. | Todo lo que Midas tocaba se convertía en oro. | Al imaginarlo todo de oro, Midas hizo los cálculos de la riqueza que obtendría.  |

|  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- |
|  |  |  |  |  |
| Midas no pudo comer ni beber agua.  | Midas se sintió desdichado, deseó escapar de sus riquezas y detestó su deseo. | Midas no podía comer y comenzó a sentir mucha sed. | Comenzó a aborrecer el oro. | Midas decidió implorar a Baco que le devolviera a su anterior estado. |

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  |  |
| Baco anuló el don que le había otorgado y lo mandó a sumergirse al río Pactolo. | Midas obedeció; el oro tiñó el río y del cuerpo del rey pasó a las aguas. | Midas fue liberado de aquel deseo. |

**PERICO Y EL VIAJERO**

Anónimo

Personajes: Perico y el Viajero

*Se ve una calle cualquiera de la ciudad. Entra el Viajero, con una maleta y mirando en todas direcciones. Al poco rato aparece Perico.*

**Viajero:** (*Con voz amable*) Por favor, niño, ¿qué debo tomar para ir a la estación?

**Perico:** No debe tomar nada. Si toma algo, en lugar de ir a la estación se va a ir a la cárcel.

**Viajero:** (*Algo extrañado*) Quiero decir en qué bus tengo que subirme.

**Perico:** Bueno, en el que va a la estación.

**Viajero:** Escúchame, niño: que para ir a la estación tengo que tomar un bus ya lo sabía muy bien. Lo que quiero saber es dónde tengo que tomar el bus.

**Perico:** (*Despreciativo*) ¡Qué pregunta! En la parada de los buses, por supuesto. A no ser que usted lo sepa tomar cuando se va moviendo.

**Viajero:** Sí, sí, pero ¿por dónde pasa el bus?

**Perico:** ¡Por la calle! ¡Eso lo sabe todo el mundo! ¿Por dónde quiere que pase? ¿Por la vereda?

**Viajero:** (*Poniéndose nervioso*) Mira: si tú tuvieras que ir a la estación para salir de viaje, ¿qué harías?

**Perico:** Iría a despedirme de mi papá y mi mamá.

**Viajero:** Bien, bien, ¿y después?

**Perico:** Después me despediría de mi tía Rosa, que siempre me da mil pesos cada vez que voy a verla, y después iría donde...

**Viajero:** (*Desesperado, gritando*) ¡Mamma mía!

**Perico:** No, a ver a su mamá no iría, porque ni siquiera la conozco.

**Viajero:** Pero dime: ¿nunca has estado en la estación?

**Perico:** Sí, muchas veces.

**Viajero:** ¿Y te fuiste en bus?

**Perico:** ¡Claro!

**Viajero:** (*Con cara de alivio*). ¡Por fin! ¿Y qué decía el letrero del bus?

**Perico:** Decía: “Prohibido hablar con el conductor”.

**Viajero:** ¡Por fuera! ¡Quiero decir por fuera! Cuando te subiste, ¿no te fijaste qué decía el bus por fuera?

**Perico:** Decía que los jabones Alba son los que limpian mejor. Era un letrero enorme.

**Viajero:** ¡El letrero del recorrido! ¿Qué decía el letrero del recorrido del bus?

**Perico:** Los letreros nunca dicen nada.

**Viajero:** (*Mirando el reloj*) Por tu culpa voy a perder el tren.

**Perico:** Bueno, en qué quedamos: ¿quiere subirse al bus o al tren?

**Viajero**: (*Mordiéndose los dedos*) ¡¡¡Aaaaashhhh!!! (*Sale de escena, seguido de Perico*).

**EL REY MIDAS**

Ovidio

Un buen día Baco, dios del vino y de la fiesta, concedió al rey Midas la facultad de escoger un don, como agradecimiento por haber tratado bien a uno de sus lacayos.

Midas escogió entonces el don que quería poseer: “Haz que todo lo que yo toque con mi cuerpo se convierta en dorado oro”.

Baco le concedió aquel don, pero al mismo tiempo se lamentó de que no hubiera pedido algo mejor.

Midas se puso feliz y pronto pudo comprobar la veracidad de lo concedido por el dios, tocando una cosa tras otra. Al pasar bajo una encina arrancó una ramita de verdes hojas que inmediatamente se convirtió en una ramita de oro. Luego, levantó del suelo una piedra y también la piedra amarilleó de oro. Tocó entonces un terrón y, tras su mágico contacto, el terrón se transformóen lingote de oro. Cuando arrimó sus dedos a las altas puertas de su palacio, las puertas parecieron despedir rayos. Y después de lavarse las manos en cristalinas aguas, el agua que se escurrió de sus manos comenzó a refulgir. Apenas podía dar cabida en su mente a sus cálculos de riqueza, al imaginarlo todo de oro.

Estaba dichoso. Sus criados le prepararon la mesa con exquisitos manjares. Pero apenas Midas los tocaba, los alimentos se endurecían y cuando se disponía a morderlos con sus ávidos dientes, una dorada lámina los recubría. Cuando quiso beber agua para calmar la sed, descubrió con espanto como fluía el oro fundido por la comisura de sus labios.

Atónito por lo inusitado de su desgracia, rico y desdichado, Midas deseó escapar de sus riquezas y detestó lo que poco antes anhelara. Ningún festín podría ya aliviar su hambre y una sed reseca le calentaba la garganta. Comenzó a aborrecer el oro que le torturaba de esta manera. Y fue así como decidió implorar al dios para que lo devolviera a su anterior estado.

“Perdóname, Baco, ten piedad, te lo suplico, y líbrame de este tormento disfrazado de regalo”.

Baco, dando muestras de benevolencia, anuló el don que le había otorgado, diciéndole: “Para no seguir recubierto de ese oro que para tu mal deseaste, vete al río Pactolo y remontandosu curso camina hasta que llegues a su nacimiento. En ese lugar, sumerge tu cabeza en el espumoso manantial y luego lava tu cuerpo en él”.

El rey obedeció y se zambulló en el agua; el oro tiñó el río y del cuerpo de Midas pasó a la aguas.

Así Midas fue liberado de aquel deseo.

Ovidio Nasón, P. (2008). Midas. En *Metamorfosis* (pp.258-260). Libros XI. Madrid, España: EditorialGredos.

**LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO**

Samaniego

Érase un labrador tan pobre, tan pobre, que ni siquiera poseía una vaca.

Era el más pobre de la aldea. Y resulta que un día, trabajando en el campo y lamentándose de su suerte, apareció un **enanito** que le dijo:

-Buen hombre, he oído tus lamentaciones y voy a hacer que tu fortuna cambie. Toma esta **gallina**; es tan maravillosa que todos los días pone un **huevo de oro**.

El enanito desapareció sin más ni más y el labrador llevó la gallina a su corral.

Al día siguiente, ¡oh sorpresa!, encontró un huevo de oro. Lo puso en una cestita y se fue con ella a la ciudad, donde vendió el huevo por un alto precio. Al día siguiente, loco de alegría, encontró otro huevo de oro.

¡Por fin la **fortuna** había entrado a su casa! Todos los días tenía un nuevo huevo.

Fue así como poco a poco, con el producto de la venta de los huevos, fue convirtiéndose en el hombre más rico de la comarca.

Sin embargo, una insensata avaricia hizo presa su corazón y pensó: “¿Por qué esperar a que cada día la gallina ponga un huevo? Mejor la mato y descubriré la mina de oro que lleva dentro”.

Y así lo hizo, pero en el interior de la gallina no encontró ninguna mina de oro.

**LA ZORRA Y LA GALLINA**

Una Zorra, cazando, de corral en corral iba saltando; a favor de la noche, en una aldea.
Oye al gallo cantar: maldito sea. Agachada y sin ruido, a merced del olfato y del oído,
marcha, llega, y oliendo a un agujero, «Este es», dice, y se cuela al gallinero.
Las aves se alborotan, menos una, que estaba en cesta como niño en cuna, enferma gravemente.
Mirándola la Zorra astutamente, le pregunta: «¿Qué es eso, pobrecita?
¿Cuál es tu enfermedad? ¿Tienes pepita? Habla; ¿cómo la pasas, desdichada?»
La enferma la responde apresurada: «Muy mal me va, señora, en este instante; muy bien si usted se quita de delante.»

**ENDROCLES Y EL LEÓN**

Cierta vez, un esclavo llamado Androcles, tuvo un día la oportunidad de escapar, y corrió hacia el bosque.
Mientras caminaba sin rumbo llegó a donde yacía un León, que gimiendo le dijo:

-Por favor, te ruego que me ayudes, pues tropecé con un espino y una púa se me enterró en la garra y me tiene sangrando y adolorido.

Androcles lo examinó y gentilmente extrajo la espina, lavó y curó la herida. El león, como agradecimiento, lo invitó a su cueva donde compartió con él alimentos. Días después, Androcles y el León fueron encontrados por sus buscadores. Androcles fue llevado al emperador para ser condenado al "circulo" a luchar contra los leones.

Una vez en la arena, un León, fue liberado y empezó a rugir para buscar el asalto a su víctima. Pero a medida que se le acercó reconoció a su benefactor y se lanzó sobre él pero para lamerlo cariñosamente, y posarse en su regazo como una fiel mascota.
Sorprendido el emperador por lo sucedido, supo al final la historia y perdonó al esclavo y liberó en el bosque al León.

**EL GIGANTE EGOÍSTA**

Oscar Wilde

Cada tarde, a la salida de la escuela, los niños se iban a jugar al jardín del Gigante. Era un jardín amplio y hermoso, con arbustos de flores y cubierto de césped verde y suave. Por aquí y por allá, entre la hierba, se abrían flores luminosas como estrellas, y había doce albaricoqueros que durante la primavera se cubrían con delicadas flores color rosa y nácar, y al llegar el otoño se cargaban de ricos frutos aterciopelados. Los pájaros se demoraban en el ramaje de los árboles, y cantaban con tanta dulzura que los niños dejaban de jugar para escuchar sus trinos.

-¡Qué felices somos aquí! -se decían unos a otros.

Pero un día el Gigante regresó. Había ido de visita donde su amigo el Ogro de Cornish, y se había quedado con él durante los últimos siete años. Durante ese tiempo ya se habían dicho todo lo que se tenían que decir, pues su conversación era limitada, y el Gigante sintió el deseo de volver a su mansión. Al llegar, lo primero que vio fue a los niños jugando en el jardín.

-¿Qué hacen aquí? -surgió con su voz retumbante.

Los niños escaparon corriendo en desbandada.

-Este jardín es mío. Es mi jardín propio -dijo el Gigante-; todo el mundo debe entender eso y no dejaré que nadie se meta a jugar aquí.

Y, de inmediato, alzó una pared muy alta, y en la puerta puso un cartel que decía:

ENTRADA ESTRICTAMENTE PROHIBIDA
BAJO LAS PENAS CONSIGUIENTES

Era un gigante egoísta…

Los pobres niños se quedaron sin tener dónde jugar. Hicieron la prueba de ir a jugar en la carretera, pero estaba llena de polvo, estaba plagada de pedruscos, y no les gustó. A menudo rondaban alrededor del muro que ocultaba el jardín del Gigante y recordaban nostálgicamente lo que había detrás.

-¡Qué dichosos éramos allí! -se decían unos a otros.

Cuando la primavera volvió, toda la comarca se pobló de pájaros y flores. Sin embargo, en el jardín del Gigante Egoísta permanecía el invierno todavía. Como no había niños, los pájaros no cantaban y los árboles se olvidaron de florecer. Solo una vez una lindísima flor se asomó entre la hierba, pero apenas vio el cartel, se sintió tan triste por los niños que volvió a meterse bajo tierra y volvió a quedarse dormida.

Los únicos que ahí se sentían a gusto eran la Nieve y la Escarcha.

-La primavera se olvidó de este jardín -se dijeron-, así que nos quedaremos aquí todo el resto del año.

La Nieve cubrió la tierra con su gran manto blanco y la Escarcha cubrió de plata los árboles. Y en seguida invitaron a su triste amigo el Viento del Norte para que pasara con ellos el resto de la temporada. Y llegó el Viento del Norte. Venía envuelto en pieles y anduvo rugiendo por el jardín durante todo el día, desganchando las plantas y derribando las chimeneas.

-¡Qué lugar más agradable! -dijo-. Tenemos que decirle al Granizo que venga a estar con nosotros también.

Y vino el Granizo también. Todos los días se pasaba tres horas tamborileando en los tejados de la mansión, hasta que rompió la mayor parte de las tejas. Después se ponía a dar vueltas alrededor, corriendo lo más rápido que podía. Se vestía de gris y su aliento era como el hielo.

-No entiendo por qué la primavera se demora tanto en llegar aquí -decía el Gigante Egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su jardín cubierto de gris y blanco-, espero que pronto cambie el tiempo.

Pero la primavera no llegó nunca, ni tampoco el verano. El otoño dio frutos dorados en todos los jardines, pero al jardín del Gigante no le dio ninguno.

-Es un gigante demasiado egoísta -decían los frutales.

De esta manera, el jardín del Gigante quedó para siempre sumido en el invierno, y el Viento del Norte y el Granizo y la Escarcha y la Nieve bailoteaban lúgubremente entre los árboles.

Una mañana, el Gigante estaba en la cama todavía cuando oyó que una música muy hermosa llegaba desde afuera. Sonaba tan dulce en sus oídos, que pensó que tenía que ser el rey de los elfos que pasaba por allí. En realidad, era solo un jilguerito que estaba cantando frente a su ventana, pero hacía tanto tiempo que el Gigante no escuchaba cantar ni un pájaro en su jardín, que le pareció escuchar la música más bella del mundo. Entonces el Granizo detuvo su danza, y el Viento del Norte dejó de rugir y un perfume delicioso penetró por entre las persianas abiertas.

-¡Qué bueno! Parece que al fin llegó la primavera -dijo el Gigante, y saltó de la cama para correr a la ventana.

¿Y qué es lo que vio?

Ante sus ojos había un espectáculo maravilloso. A través de una brecha del muro habían entrado los niños, y se habían trepado a los árboles. En cada árbol había un niño, y los árboles estaban tan felices de tenerlos nuevamente con ellos, que se habían cubierto de flores y balanceaban suavemente sus ramas sobre sus cabecitas infantiles. Los pájaros revoloteaban cantando alrededor de ellos, y los pequeños reían. Era realmente un espectáculo muy bello. Solo en un rincón el invierno reinaba. Era el rincón más apartado del jardín y en él se encontraba un niñito. Pero era tan pequeñín que no lograba alcanzar a las ramas del árbol, y el niño daba vueltas alrededor del viejo tronco llorando amargamente. El pobre árbol estaba todavía completamente cubierto de escarcha y nieve, y el Viento del Norte soplaba y rugía sobre él, sacudiéndole las ramas que parecían a punto de quebrarse.

-¡Sube a mí, niñito! -decía el árbol, inclinando sus ramas todo lo que podía. Pero el niño era demasiado pequeño.

El Gigante sintió que el corazón se le derretía.

-¡Cuán egoísta he sido! -exclamó-. Ahora sé por qué la primavera no quería venir hasta aquí. Subiré a ese pobre niñito al árbol y después voy a botar el muro. Desde hoy mi jardín será para siempre un lugar de juegos para los niños.

Estaba de veras arrepentido por lo que había hecho.

Bajó entonces la escalera, abrió cautelosamente la puerta de la casa y entró en el jardín. Pero en cuanto lo vieron los niños se aterrorizaron, salieron a escape y el jardín quedó en invierno otra vez. Solo aquel pequeñín del rincón más alejado no escapó, porque tenía los ojos tan llenos de lágrimas que no vio venir al Gigante. Entonces el Gigante se le acercó por detrás, lo tomó gentilmente entre sus manos y lo subió al árbol. Y el árbol floreció de repente, y los pájaros vinieron a cantar en sus ramas, y el niño abrazó el cuello del Gigante y lo besó. Y los otros niños, cuando vieron que el Gigante ya no era malo, volvieron corriendo alegremente. Con ellos la primavera regresó al jardín.

-Desde ahora el jardín será para ustedes, hijos míos -dijo el Gigante, y tomando un hacha enorme, echó abajo el muro.

Al mediodía, cuando la gente se dirigía al mercado, todos pudieron ver al Gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que habían visto jamás.

Estuvieron allí jugando todo el día, y al llegar la noche los niños fueron a despedirse del Gigante.

-Pero ¿dónde está el más pequeñito? -preguntó el Gigante-, ¿ese niño que subí al árbol del rincón?

El Gigante lo quería más que a los otros, porque el pequeño le había dado un beso.

-No lo sabemos -respondieron los niños-, se marchó solito.

-Díganle que vuelva mañana -dijo el Gigante.

Pero los niños contestaron que no sabían dónde vivía y que nunca lo habían visto antes. Y el Gigante se quedó muy triste.

Todas las tardes al salir de la escuela los niños iban a jugar con el Gigante. Pero al más chiquito, a ese que el Gigante más quería, no lo volvieron a ver nunca más. El Gigante era muy bueno con todos los niños pero echaba de menos a su primer amiguito y muy a menudo se acordaba de él.

-¡Cómo me gustaría volverlo a ver! -repetía.

Fueron pasando los años, y el Gigante se puso viejo y sus fuerzas se debilitaron. Ya no podía jugar; pero, sentado en un enorme sillón, miraba jugar a los niños y admiraba su jardín.

-Tengo muchas flores hermosas -se decía-, pero los niños son las flores más hermosas de todas.

Una mañana de invierno, miró por la ventana mientras se vestía. Ya no odiaba el invierno pues sabía que el invierno era simplemente la primavera dormida, y que las flores estaban descansando.

Sin embargo, de pronto se restregó los ojos, maravillado, y miró, miró…

Era realmente maravilloso lo que estaba viendo. En el rincón más lejano del jardín había un árbol cubierto por completo de flores blancas. Todas sus ramas eran doradas, y de ellas colgaban frutos de plata. Debajo del árbol estaba parado el pequeñito a quien tanto había echado de menos.

Lleno de alegría el Gigante bajó corriendo las escaleras y entró en el jardín. Pero cuando llegó junto al niño su rostro enrojeció de ira y dijo:

-¿Quién se ha atrevido a hacerte daño?

Porque en la palma de las manos del niño había huellas de clavos, y también había huellas de clavos en sus pies.

-¿Pero, quién se atrevió a herirte? -gritó el Gigante-. Dímelo, para tomar la espada y matarlo.

-¡No! -respondió el niño-. Estas son las heridas del Amor.

-¿Quién eres tú, mi pequeño niñito? -preguntó el Gigante, y un extraño temor lo invadió, y cayó de rodillas ante el pequeño.

Entonces el niño sonrió al Gigante, y le dijo:

-Una vez tú me dejaste jugar en tu jardín; hoy jugarás conmigo en el jardín mío, que es el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron esa tarde encontraron al Gigante muerto debajo del árbol. Parecía dormir, y estaba entero cubierto de flores blancas.

FIN